

D. Fernando Bauer

COOPERADOR SALESIANO

R. FIERRO

RODOLFO FIERRO TORRES, S. D. B.

APUNTES PARA LA VIDA
DE
D. FERNANDO BAUER MORPURGO

SEI

CENTRAL CATEQUISTICA SALESIANA

ALCALA, 164

MADRID - 2

NIHIL OBSTAT

Juan Castaño, S. D. B.

IMPRIMASE

El Inspector de la Inspectoría «San Juan Bosco»
ALEJANDRO VICENTE

Madrid, 27 de abril de 1960.

NIHIL OBSTAT

Domingo Crespo Rosales, Pbro.

IMPRIMATUR

† José M. Lahiguera
Obispo Auxiliar y Vicario General

Madrid, 10 de mayo de 1960.

PRINTED IN SPAIN

Depósito legal: M. 4585 — 1960

N. R. 2273 — 1960

Datos generales

Nació don Fernando Bauer Morpurgo en París-Avenue des Champs Elysées, el 4 de julio de 1873. Fueron sus padres, Herr Ignacio Bauer Landaner, natural de Budapest, y Frau Ida Morpurgo Parente, natural de Trieste; ambos de nacionalidad austríaca y religión y estirpe judía.

Fernando, aunque nació en París, conser-



El día de la boda: D. Fernando y su esposa doña Concepción García-Rendueles Bernaldo de Quirós

vó la nacionalidad de sus padres, como consta en la inscripción de la ciudadanía española. Vino a España y se domicilió en Madrid, con otros dos hermanos, como representantes de la Entidad Bancaria Casa Rotschild. Todos tres eran entendidos en Ciencias económicas y buenos financieros. El 27 de febrero de 1892 le fué concedida la nacionalidad española, en virtud de Real Orden expedida el 14 de enero del mismo año.

El 13 de diciembre de 1904 le fué expedida la licencia absoluta de haber cumplido su compromiso en el Ejército español. Estudió la carrera de Derecho en Madrid, y durante ese tiempo tuvo ocasión de relacionarse con excelentes colegas y profesores católicos y posiblemente también con la Casa Real. Por caminos un tanto misteriosos de conciencia, la Gracia lo llevó al conocimiento y al amor del Catolicismo. Recto como era y amante de la verdad, tras el conveniente estudio y la debida preparación, recibió el bautismo el 4 de julio de 1898 en la parroquia de San Jerónimo el Real, administrándoselo el Reverendo Padre Fermín Gil, S. J.

Este hecho produjo automáticamente su separación de la Sociedad Representantes de Rotschild: los hermanos le entregaron su parte alícuota del

capital, sin que esta separación de intereses implicara relajación de afectos y relaciones familiares.

En el correr del tiempo, la Sociedad Hermanos Bauer quebró, mientras los negocios de Fernando prosperaron. Su administración inteligente y previsora aumentó el capital, dándole renombre y facilidad de hacer obras buenas, pues siempre fué generoso y caritativo, especialmente desde su conversión. A sus hermanos les ayudó con fraternal largueza.

El 16 de diciembre de 1898 unió su suerte, para formar hogar con doña Concepción García-Renduelles y Bernaldo de Quirós; el matrimonio se verificó en la parroquia de Santa Bárbara, instalándose los esposos en la calle de Orfila.

Después de una vida llena de merecimientos, entregó su alma el 15 de marzo de 1943, en su casa de la calle Goya, 33, parroquia de la Concepción y fué enterrado en la Sacramental de San Lorenzo.

II

Algunos juicios

A cuantos le conocieron y trataron les dejó la impresión de que era un santo.

Don Angel Herrera, hoy dignísimo Obispo de Málaga, que como fundador de la Editorial Católica y director de «El Debate» le trató, dice:

«Yo estimaba mucho a don Fernando Bauer. Advertí en él:

- 1) Una piedad solidísima y profunda.
- 2) Un espíritu rayano en lo heroico de pobreza.
- 3) Extraordinaria generosidad para ayudar a toda obra buena.
- 4) Una sumisión muy grande al que fué su Padre espiritual, el Padre Rubio, de veneranda memoria.
- 5) Extraordinaria humildad y modestia.»

*
**

El Excmo. señor Arzobispo de Valencia, doctor Olaechea:

«Lo traté bastante. Nunca advertí en él defecto

alguno. Me parece un perfecto modelo de todas las virtudes cristianas. De piedad profunda e ilustrada, de sencillez evangélica, de caridad y de pobreza heroicas, de humildad profunda, de generosidad sin límites ni distinguos, de delicadez virginal, de prudencia exquisita, de igualdad de carácter y, sobre todo, de amor a Dios y a las almas, lo creo un verdadero santo, y, como decía nuestro incomparable Padre don Felipe Rinaldi, el auténtico modelo de los Cooperadores Salesianos.»

*
*
*

Don José María Taboada Lago que, como Presidente, entonces, de la Acción Católica, tuvo ocasión de tratarle de cerca, y que lo acompañó en la cárcel roja, escribe:

«Le conocía de nombre por su calidad de antiguo representante de la Banca Rotschild, en España. Y le trataba personalmente por su calidad de Cooperador Salesiano.

»Del período de la guerra de Cruzada en España —años 1936 a 1939—, recuerdo su llegada a la cárcel de Porlier, que era el Colegio de los Hermanos de la Doctrina Cristiana, sito en la calle General Porlier, de Madrid.

»Debió de entrar a los seis u ocho días de convertido el Colegio en cárcel, es decir, en los primeros días de agosto; yo fuí de los que tuvieron el privilegio de inaugurar esta cárcel improvisada, pasando la primera noche sin apenas protección, escuchando de continuo los gritos de las masas que pretendían asaltarla para *matar a los fascistas*.

»Por estar ocupadas las diferentes clases de la planta principal, habilitadas como celdas, el señor Bauer, juntamente con los detenidos en aquellos días, fué colocado en el tránsito, coincidiendo su lugar con el de la Celda en que me hallaba, con otros quince o diecisiete caballeros, acusados todos de «fascistas». Es curioso notar que por «fascista» se hallaba encarcelado Javier Morata, reciente Gobernador Civil de Madrid, con el Gobierno Lerroux, y constante y generoso obsequiante de cigarrillos a los «milicianos», que agotaban los suministros que a diario les proporcionaban...

»Paréceme estar viendo al señor Bauer, vestido con su modestísimo y desaliñado traje oscuro, portando el escuálido colchón de paja y la manta «cuartelera» que, al igual que a todos, le habían dado, arrimado después a la pared del pasillo, con su cazo y su plato de aluminio y cuchara, para uso en la monótona comida «carcelaria».

»No se hace fácil concretar frases y hechos del señor Bauer, del tiempo del común período carcelario. Sí cabe afirmar su humildad y sencillez ejemplares, su obediencia inmediata a las órdenes e instrucciones que por los carceleros y «milicianos» se impartían, y su caridad y bondad para con todos, sin distinción de color, así presos como guardianes.

»Al quedar detenido en Porlier, le exigieron como a todos los demás, que hiciera entrega de cuanto llevara encima. No ocultó su «Rosario», que mostró, afirmando que «lo rezaba todos los días». Al serle retirado, respondió con admirable serenidad, que ello «no le impedía seguir rezándolo, aunque no se lucrara de las indulgencias de que estaba dotado». Declaró su origen judío y afirmó ser católico, negando el ser político.

»En las conversaciones se recordaba de continuo a Don Bosco y a la Congregación Salesiana, siendo para él como para mí de gran consuelo el besar la pequeña reliquia del Santo, que me había acompañado a la cárcel.

»Sufría con mansedumbre ejemplar, pero con dignidad, los malos tratos de que era objeto por parte de los milicianos, que lo tildaban de «carca» y de «judío»; jamás se quejaba, antes por el contrario, sabía disculpar a los «pobrecitos hermanos equivo-

cados» que, por su ignorancia y falta de formación, así procedían. Para todos tenía la palabra amable, dada con voz suave y en tono apagado, y el gesto de bondad, diríase que en acto de confianza. Nunca le oí una palabra de vituperio o de censura para aquellos desgraciados que tan inhumana y despiadadamente nos trataban...

»Cuando al verle «ingresar en calidad de detenido» le pregunté: «Pero don Fernando, ¿también usted está aquí?»; supo responderme: «También..., también, y ¿por qué he de ser de distinta condición que otros? ¿Por qué Dios me había de eximir de sufrimientos, cuando hay tanto que purgar?... Bien sabe usted que sólo Dios es perfecto. Y sufrir por El no constituye dolor; por el contrario, es gozo... Piense que el Cielo no se gana sin lucha y sin esfuerzo»...

»En los primeros días de septiembre dejé la cárcel de Porlier, para ser puesto en libertad. Abandoné la cárcel con pena, porque en aquel ambiente me hallaba a gusto. Comentaba con don Fernando, que ambos dormíamos «mejor que nunca», sobre el debilísimo colchón en el suelo durísimo.

»En poder del director de la cárcel, hombre de buenos sentimientos y de ideas afines, quedó la reliquia de Don Bosco y una carta del Emmo. y Re-

verendísimo Monseñor Giuseppe Pizzardo, más tarde Cardenal; esta carta fué a mi presencia destruída. Y dentro de los muros del Colegio trocado en cárcel, quedaba también el ejemplar caballero católico don Fernando Bauer, que sabía en sus palabras y en sus actos edificar a todos, acreditando vivir una vida eminentemente espiritual, en entrega por completo al Señor. Así se prestaba, voluntario y resuelto, en acto de abnegación y no obstante la edad, a realizar los trabajos más humildes y hasta repulsivos, cual la limpieza de las letrinas —eran muchos los prisioneros y muy escasos y deficientes los servicios sanitarios y de limpieza—, en aquellos terribles días en que la desesperación de algunos les llevó a arrojar por las ventanas al patio, para ser sobre sus losas ametrallados...

»En mi humilde concepto, don Fernando Bauer era hombre de vida sobrenatural, de extraordinaria vida interior. Muy sobre sí siempre, daba la sensación de vivir en un plano de superación constante, ajeno a las cosas terrenas, buscando en todo el «ser grato a Dios».

»No podían extrañar su caridad y su bondad, su compasión y su amor a los hombres, como hermanos en Jesucristo e hijos de Dios».

III

Judeus Sum

Al contrario de Alfonso de Ratisbona —el judío convertido por la Virgen Milagrosa en Roma—, que siendo judío de raza, de educación y de vida, no creía absolutamente en su judaísmo, don Fernando era un judío perfecto, y una vez convertido, conservó las características israelitas, menos, claro es, la religión.

¿Cuáles son estas características? Conciencia y seguridad de elección divina y de alianza entre Dios (Yavé) y la raza, preeminencia vital de lo religioso y moral sobre los demás valores, confianza más o menos filial en el Señor, que impele a la continua oración y relación en incontables afectos humanos, como se descubre especialmente en los Salmos; hondo sentir de la trascendencia y unicidad de Yavé y una firme esperanza de que reinará, en Israel y por Israel, en todo el universo; reino que, según el modo de pensar de lo más selecto, tiende a espiritualizarse siempre más, si bien en la mayoría sea preferentemente material y de bienes ma-

teriales y temporales; proselitismo como medio de realización de ese reino de Dios, y, como término natural de esa esperanza mesiánica, un deseo y una seguridad de resurrección como pueblo y de supervivencia en el mundo. El mismo hecho de su conservación en el mundo, a través de tantas vicisitudes y cuando todos los demás pueblos y razas han desaparecido, alimenta esas convicciones.

Para Don Fernando todas esas características se precisan, purifican y realizan en Jesucristo y por Jesucristo, en Quien llegó a ver, como es verdad, la finalidad y la meta del destino de Israel. De manera que muy bien pudo, aun después de su conversión, gloriarse, como se gloriaba, a lo menos implícitamente, de su raza y de su pueblo. Considerando las grandes figuras del judaísmo contemporáneo, podía decir justamente con San Pablo: *Judei sunt? et ego!* en su andar, en su vestir, en los rasgos fisonómicos. Por su parte, conocía un judío en seguida, apenas verlo, dondequiera fuese.

*
**

El actual Arzobispo de Valencia, Monseñor Olaechea, que lo trató mucho y muy de cerca, veía en él, hasta en lo físico, las características raciales del

perfecto judío; y él no lo disimulaba. Sus íntimos sabían que su padre había cumplido con sus hijos todas las prescripciones de la Ley mosaica. Aunque, como San Pablo, comía de todo, sentía cierta repugnancia por la carne de cerdo y de jabalí.

Amaba cordialmente a su raza, y cuando la ocasión se presentaba, la defendía y ponderaba sus cualidades así intelectuales y morales como físicas. En cierta ocasión llegó a hablar con don Marcelino, que era Director de las Escuelas Salesianas de Atocha, una señora hebrea para un asunto profesional. Era más bien feúcha. Estaba presente don Fernando, y apenas la señora se marchó, le dice muy serio al Director: «No todas son así; es más bien una excepción; la mayoría son muy bien parecidas». Rió don Marcelino y le contestó: «Pero ya ve, cuán finamente se ha portado». «Así son todas, o casi todas», respondió.

Como buen judío tenía predilección por la Sagrada Escritura, que conocía muy bien; sólo que al Antiguo añadió el Nuevo Testamento, viendo en Jesús el Mesías en quien se cumplían todas las profecías y los rasgos enumerados por los Profetas y demás autores sagrados, de modo que su fe era realmente el *rationabile obsequium* de que habla San Pablo.

En su escritorio tenía un gran mapa de la Palestina.

Ya católico, seguía haciendo sus meditaciones preferentemente en libros de la Sagrada Biblia.

Con gusto comentaba en sus conversaciones algunos Capítulos de las Epístolas a los Romanos y a los Hebreos.

*
**

Una vez convertido, rogaba porque todos sus correligionarios vieran, como él, y abrazaran la Verdad.

*
**

Admiraba a Alfonso de Ratisbona y comentaba aquella preciosa declaración: «Desde el primer instante de mi conversión, me dominó esta idea: trabajar para atraer al Señor las ovejas de Israel. Sentía crecer en mí el amor por mis hermanos los judíos, y estaba dispuesto a sacrificarlo todo para hacerlos participar de mi dicha».

Bendecía a Gregorio XVI y a Pío IX que tanto amaron y secundaron al Ratisbona convertido.

*
**

Hubiera querido que el Papa suprimiera de las plegarias del Viernes Santo el adjetivo con que se calificaba a los judíos: varias veces intentó escribirselo a León XIII y a San Pío X, pero el respeto se lo impidió. ¡Cuánto se alegrará hoy en el cielo viendo su deseo satisfecho tan espontánea cuanto cordialmente por Su Santidad Juan XXIII!

*
* *

Tenía singular devoción a la Virgen de Monte Sión, cuya cofradía fundaron los dos hermanos Ratisbona, Alfonso y el Padre Teodoro, cuyo objetivo es «orar, trabajar y sacrificarse por ganar para Cristo Nuestro Señor las almas de los que, siendo sus hermanos en la sangre, no lo reconocen por Mesías y Salvador». A ella estaba afiliado y la instaló en la iglesia de la Ronda de Atocha.

Anheló vivamente la Canonización de un excelente judío holandés convertido, como Ratisbona, al Catolicismo y favoreció su Causa.

Mucho deseó y mucho rogó por la conversión de un hermano suyo de sangre. No lo logró. Se consolaba pensando que su buena fe lo habrá salvado, esperando firmemente que en la hora suprema el

Divino Salvador le habrá infundido el don de la fe y el bautismo de deseo.

Buen judío, era también muy entendido en asuntos financieros. Sin jugar propiamente a la Bolsa, porque su delicadeza de conciencia no se lo hubiera permitido, estaba sí, siempre muy enterado del movimiento bursátil y de las ondulaciones y escarceos de los valores; nunca se dejó coger los dedos.

Buen judío y buen financiero se mostró hasta en las bellísimas palabras litúrgicas con que consoló a su señora poco antes de morir: «No te apures, mujer, *vita mutatur, non tollitur*: la muerte es un cambio, no una pérdida».

IV

Don Fernando y los Salesianos

Parece que don Fernando conoció la Obra Salesiana a través de la Obra de los Obreros Católicos. Y desde el primer momento quedó prendado de ella. Su cultivada inteligencia y, sobre todo, la luz interior con que la Gracia divina lo favorecía, le hizo ver en la Familia Salesiana el campo donde podía perfeccionarse y hacer al prójimo el mayor bien.

También los Salesianos y los niños que ellos educaban, no sólo los que frecuentaban las escuelas sino también los numerosos del Oratorio Festivo, quedaron muy pronto admirados de ese apuesto caballero, tan fino y tan popular, tan sencillamente devoto y tan humildemente generoso. Se arrodillaba con ellos y rezaba las oraciones que ellos rezaban; con bastante frecuencia, los domingos, al salir de la Misa recibía como ellos y con ellos comía el bocadillo que se repartía y que él mismo había pagado, sin que ellos lo supieran.

★
★★

Apenas conoció la Tercera Orden Salesiana se inscribió en ella para santificarse en su Reglamento y gozar de todas las Indulgencias y favores espirituales con que los Soberanos Pontífices han enriquecido a la Pía Unión de Cooperadores Salesianos, y fué diligentísimo en su observancia.

Con verdadera ilusión leía el *Boletín Salesiano*, órgano de la Pía Unión, interesándose por cada una de sus secciones, en especial por las educativas y las misionales. Gozaba con la expansión que tomaba la Congregación.

*
**

Promovedor de las vocaciones sacerdotales y religiosas, llegó a sostener hasta diecinueve aspirantes en Carabanchel y algunos en el Seminario conciliar. Y aunque los chicos ignoraban lo que estaba haciendo por ellos, seguíales cariñosamente. En este sentido es curiosa e interesante su correspondencia con el P. José María Manfredini.

El 12-6-1922 le habla de F.: «Ese niño es ejemplar, el P. Binelli dice que es el Domingo Savio de esa casa. No necesito encomendarle a sus oraciones para que no se nos malogre; se ha puesto un poco enfermo. El P. Olaechea procurará buscarle una

casa para que pase una temporadita en los montes»... A otro le facilitó baños de mar, como el médico recomendaba, enviándolo a una Casa Salesiana. En otra ocasión, le recomienda no le facilite a otro las vacaciones en su pueblo, porque correrá mucho peligro; que más bien ayudaría a la madre («aunque ella tiene suficiente dinero para costearse el viaje») para que vaya a verlo en Campello (Alicante).

De otro le cuenta que escribió a su casa entusiasmado, después de la visita de los dos Obispos misioneros (Mons. Versiglia y Mons. Comín); que la madre está escamada porque el niño le dijo que quería hacerse Salesiano más bien que sacerdote secular; que a él le parece es árbol que puede dar fruto... En este momento no conozco a ninguno que ofrezca probabilidades de quedarse en la Congregación.

De uno le da cuenta que, llegado el tiempo de la decisión, prefirió pasar al Seminario; que allá le trasladó la pensión y que los superiores del Seminario están admirados de la preparación que lleva, señal de la buena formación que Campello le había dado.

Como era natural, en esta generosa cooperación a las vocaciones, no le faltaban sus desengaños.

De uno le cuenta al Padre que después de cuatro años en Campello, quiso pasarse al Seminario, que allá le trasladó la pensión, y que después de dos años de seminarista, había vuelto al mundo a trabajar con un hermano que está ganando dinero; pero que no le pesa haberle ayudado, sino al contrario, porque siempre llevará la impronta que el aspirantado le imprimió y el recuerdo de Don Bosco y la devoción de María Auxiliadora.

*
**

Todo lo Salesiano le interesaba. El 22-XII-22 le da cuenta de que «las obras de la Ronda de Atocha van bien; a fines de año, D. m., estará cubierto el nuevo trozo del edificio y pronto funcionará una nueva escuela-taller de cerrajería mecánica».

El 24-12-23: «Aquí (en Madrid) no hay muchas novedades. Parece que hay un grupito del Círculo Don Bosco muy afecto a la Casa y con deseos de trabajar. ¡Ojalá perseveren! Desde luego hay ocasión de sembrar en ellos el espíritu salesiano».

*
**

Por su parte, el P. Manfredini, poco antes de morir, nos mandó estos datos, persuadido como

estaba de que don Fernando Bauer era un auténtico santo, modelo ejemplar de Cooperadores Salesianos.

«Mis relaciones con él empezaron en 1910, cuando en el Tibidabo, Barcelona, se estaba activando la terminación de la Cripta del Templo del Sagrado Corazón de Jesús. El y su digna esposa, doña Concepción Renduales, se encargaron de costear la estatua de María Auxiliadora para el altar que se preparó en la cripta, dedicado a María Auxiliadora.

En junio de 1911 se inauguró la cripta. Invitamos también a don Fernando, quien acudió sin anunciarse. Al llegar a Sarriá, el día señalado, vió a los Alumnos de las Escuelas Profesionales que salían para el Tibidabo y, sin más, se unió a ellos para subir andando hasta la cumbre del Tibidabo. Al llegar, se acercó para saludarme y me contó cómo había subido con los chicos, peregrinando.

Era el 17: gran día; el entusiasmo, desbordante; el Prelado de Barcelona, Mons. Laguarda, bendijo el recinto y los altares, trasladó el Santísimo y pronunció un gran discurso. Era imponente el número de Cooperadores Salesianos allí congregados bajo la presidencia de don Carlos de Fontcuberta y don Manuel Pascual. Don Fernando se

entremezcló humildemente con la muchedumbre, como uno de tantos.»

*
**

«Cuando se trató de comprar los terrenos de la Ronda de Atocha, se publicó una grande hoja para apuntar a los que quisieran ayudar a comprar pies de terreno. Se trataba del primer trozo que había frente al patio, que se había comprometido en 72.000 pesetas.

»El Jueves Santo de 1916 (don Fernando solía asistir a nuestras funciones de Semana Santa), acabadas las funciones, le entregué unas cuantas hojas, y el día siguiente, Viernes Santo, al salir de las funciones se me presentó, sacando del bolsillo una hoja y diciendo: «Le traigo una sola hoja, con un solo nombre». Era el suyo: «Fernando Bauer, 5.000 pies de terreno = 10.000 pesetas». No he tenido tiempo para buscar amigos y quizá urge.

»Pasados los días santos, me llevó al Banco, sacó las 10.000 pesetas y, en un sitio disimulado, detrás de una mampara, me las entregó diciéndome: «Aquí nadie nos ve, es decir, María Auexiliadora nos ve y nos sonríe». Así hacía sus limosnas, según el Evangelio: nada de publicidad, que sólo lo supiera el Señor.

»Y no contento con esto, abrió una cuenta de crédito, a su nombre, para que pudiéramos atender a pagos que no se podían diferir, y rogó que hiciera otro tanto el Excmo. señor Marqués de Borghetto. Los terrenos de la Ronda de Atocha importaron cerca de 800.000 pesetas.

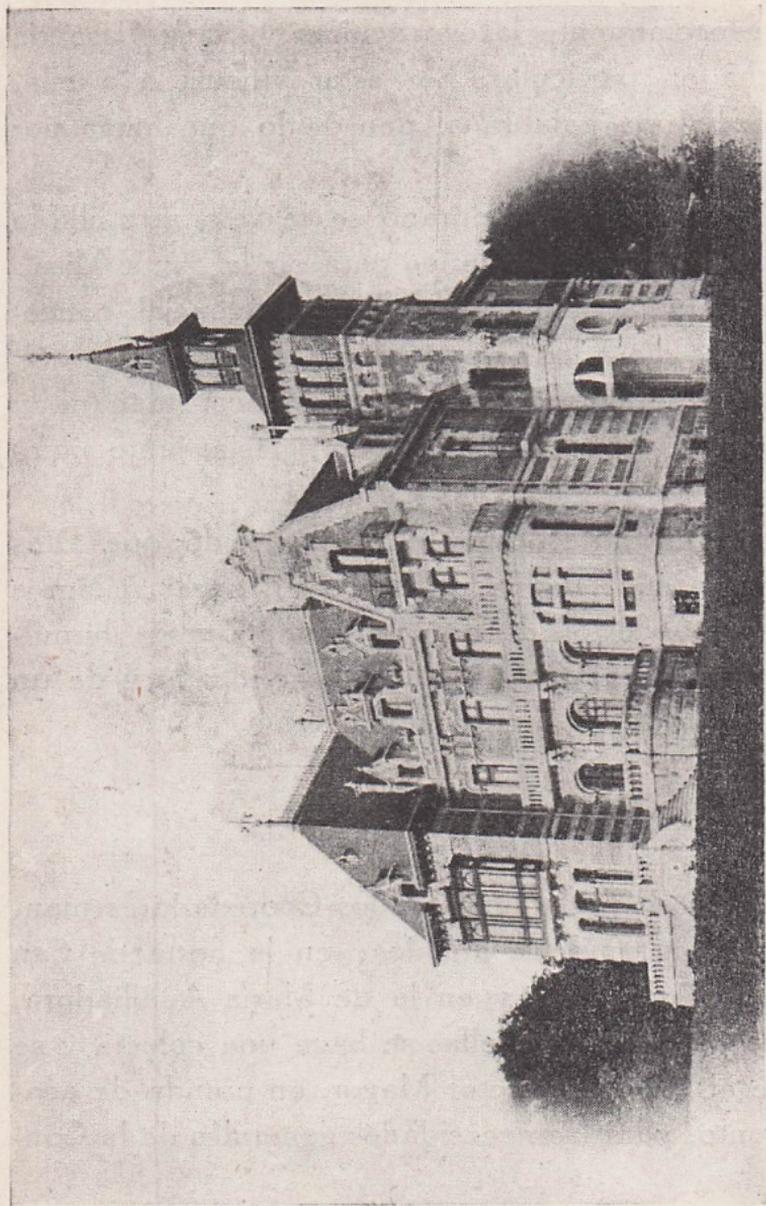
»Me consta que cuando en el *Boletín Salesiano* el Rvdmo. Rector Mayor pedía ayuda a los Cooperadores, él, mediante giro internacional, enviaba sus limosnas sin decir nada a nadie.

»Conocía las cosas de nuestra Congregación como pudiera conocerlas el más ejemplar salesiano. Leía el *Boletín* de la primera a la última línea.

»Leía muy despacio las biografías de Don Bosco y agradecía se le dejaran ver las «Memorias biográficas» (había entonces ya diez gruesos volúmenes). Seguía con grande interés todo lo referente a las Misiones. Y naturalmente le agradaba particularmente lo que se refería a Tierra Santa y Palestina. Alguna vez manifestó que desearía hacerse salesiano. Todo lo salesiano le entusiasmaba.»

*
* *

«Era Presidente de los Cooperadores Salesianos. Ayudaba con generosas limosnas al Padre Inspec-



Quinta de veraneo, propiedad de Don Fernando, en Somió (Gijón)

tor para las necesidades generales de la Inspección, especialmente las vocaciones, y a la Casa de Atocha en particular, por estar vinculado a ella, sin decir una palabra al uno de lo que hacía por el otro.

»A veces, muy temprano se le veía arrodillado en los bancos de los niños para oír la Santa Misa: era señal que iba a ganar las Indulgencias concedidas ese día a los Cooperadores Salesianos.

»Los 24 del mes no faltaba nunca, mañana y tarde, a las funciones de nuestra iglesia, junto siempre con los niños de las Escuelas...

»Por mi parte, estoy convencido de que Dios Nuestro Señor no ha de tardar en hacer milagros por la intercesión de don Fernando Bauer; humilde como el que más, sencillo, sacrificado y de un gran espíritu de mortificación...»

*
**

«Como el Reglamento de los Cooperadores manda dos conferencias anuales: en la fiesta de San Francisco de Sales y en la de María Auxiliadora, aconsejando que en ellas se haga una colecta y se envíe al R. Dvmo. Rector Mayor, en prenda de acatamiento, para las necesidades generales de la Con-

gregación, don Fernando daba en una mil pesetas y en la otra quinientas, como siempre, a escondidas, en un sobrecito, diciendo: «Mi limosna de reglamento».

*
**

Al P. Manfredini sucedió en la dirección de la Inspectoría —aunque no inmediatamente— Don Marcelino Olaechea, quien, como era natural, encontró a don Fernando e intimó cordialmente con él. Nos dice don Marcelino, confirmando lo escrito por su antecesor, y añadiendo datos que resumimos.

«Era cultísimo, en todo sentido. Hablaba correctamente español, alemán, inglés, italiano y latín, cuyas literaturas conocía. Tenía vastos conocimientos de Geografía e Historia, de Matemáticas, de Física y Ciencias Naturales. Entendía de Música y Pintura. Tenía un buen humor envidiable. Nunca perdía la calma, nunca se alteraba; pero era que ejecutaba un control diligentísimo sobre sí mismo, que le daba el dominio de sus nervios y de su fantasía.

«Amando tanto a la Congregación y deseando tan positivamente la formación de muchos y buenos salesianos, mucho se alegró al enterarse de que

los señores Marqueses de Mochales pensaban regalar para Noviciado una finca en la población de Mohernando. Se alegró muchísimo, y viniendo a la Ronda de Atocha en su coche, me llevó a dar una vuelta por esos sitios, ambos de incógnito, y sembrando medallas de María Auxiliadora en los terrenos de la finca para que la noticia se confirmara.»

*
*
*

«Conocía las figuras de nuestros Siervos de Dios los Padres Andrés Baltrami y Augusto Czartoriski y las más salientes figuras de nuestros Misioneros.

»Conoció y trató a los Rectores Mayores Don Rua, Don Alberes, Don Rinaldi y Don Pedro Ricaldone, y en cada uno de ellos veía un rasgo distintivo dentro de la común salesianidad, que le encantaba, como prueba de que el sello común no anula la personalidad, sino que la destaca y valoriza.»

*
*
*

El P. José Lazaga, sucesor de Don Marcelino en la dirección del Colegio, agrega:

«Le gustaba asistir a las reuniones de los Anti-

guos Alumnos. En el Congreso o Asamblea nacional de 1920 no se perdió una sesión, y eso que sus ocupaciones eran apremiantes. Admiraba el cariño que guardan todos para su colegio y sus superiores y el amor mutuo y fraternal camaradería con que todos se tratan sean de la región que sean, y sin distinción de clases ni categorías.

»Mientras no hubo en Madrid Escuelas Salesianas de Artes y Oficios se vestía y calzaba dónde y cómo todo ciudadano de su categoría. Pero apenas las hubo, mandaba hacer sus trajes y zapatos en las Escuelas. No siempre las americanas y el frac salían con rigurosa elegancia; pero él no se fijaba mucho en ello: había dado trabajo al taller y contribuído al adelanto de los aprendices.

»Fundó en las Escuelas unas cuantas becas, y aparte de ellas, de cuando en cuando, recogía algún muchacho huérfano o necesitado y lo llevaba a las escuelas, págandole la pensión.

»A varios de los chicos, al terminar el aprendizaje, los ayudó a colocarse o a constituir su pequeño taller.»



Pero por encima de todo esto, don Fernando buscó la esencia de la Cooperación Salesiana, prac-

ticó el espíritu de la Pía Unión, que es una verdadera Tercera Orden, acomodada a la índole de los tiempos: tendió a la perfección cristiana, fué un salesiano en el mundo.

Sus virtudes

Practicó todas las virtudes cristianas de su estado, y en grado heroico.

PIEDAD, basada hondamente en la Fe, la Esperanza y la Caridad. Veía en todo la Providencia divina y buscaba hacer en todo la Voluntad de Dios.

Oía diariamente Misa y comulgaba en ella con una devoción y una naturalidad que edificaba y encantaba.

Devotísimo del Santísimo Sacramento, hacía todos los días la visita al Santísimo en la iglesia más cercana; pertenecía a la Adoración Nocturna y jamás faltó a su turno. Con frecuencia pasaba largos ratos en la iglesia de San Pascual, donde hay Adoración perpetua.

Era tanto su respeto en la iglesia, que nadie le vió nunca sentado, a excepción de los sermones y del Gloria y Credo en las Misas solemnes.

★
★ ★

Prolongación de su devoción a Jesús era la del Vicario suyo, el Papa, a quien amaba, veneraba y ayudaba generosamente. El óbolo de San Pedro y otras limosnas hacíalas con humildad y esplendidez.

Otro tanto dígase del resto de la Jerarquía; díganlo si no el Cardenal Primado y el Patriarca Obispo de Madrid.

No era menor su devoción ala Santísima Virgen María, en quien veía realizadas las profecías de Isaías y demás Profetas que vaticinaron su existencia y sus funciones. Apenas conocidos los Salesianos, su invocación Mariana favorita fué la de Auxiliadora. A su iglesia atochana venía diariamente haciéndole larga y fervorosa visita, a la que con frecuencia invitaba a su fervorosa esposa, doña Concepción.

Como cuando se ama y se estima se desea que los demás participen de nuestro sentir, don Fernando difundía entre sus amistades la devoción a María Auxiliadora. ¡Con cuánta alegría le comunicaba al P. Manfredini que uno de sus amigos, bastante reacio en materias religiosas, «parece que se está haciendo devoto de María Auxiliadora, pues ya le gusta oír hablar de ella y ha convenido en llevar la medalla»!

Los niños de las escuelas observaban que cuando estaba solo en la iglesia, orando ante la Virgen, aparecía con frecuencia inmóvil y como extático.

HUMILDAD. Señor tan grande, tenía-se por pequeño e insignificante. Gustoso se mezclaba con los niños pobres. En Atocha, los días de comunión se ponía en fila con ellos al salir, para recibir como ellos el bollo de pan y la tableta de chocolate para el desayuno, y sólo después de muchas instancias logró el director que fuera a desayunar con la comunidad, y entonces no consintió jamás que le sirvieran otra cosa que la taza de café con leche y el panecillo que ellos tomaban.

Cuando daba sus limosnas, hacía-lo como ocultándose y como quien más bien recibe un favor.

Llegó a desear hacerse salesiano, pero no sacerdote, de cuya dignidad sentíase indigno, sino coadjutor, de cuya misión y carácter era admirador entusiasta.

Siendo un conversador amenísimo y deseado, no raras veces le parecía ser un estorbo en las reuniones. Y todo esto le salía del alma, pues hacía-lo con la mayor espontaneidad.

POBREZA. Pobre en espíritu como su amigo y admirador y admirado el Marqués de Comillas, ma-

nejando millones, practicaba la más exquisita pobreza evangélica. Sabíase no dueño sino administrador de los bienes que la Providencia había puesto en sus manos, y su empeño era manejarlos bien y según la voluntad del verdadero Dueño.

Tenía coche para la señora; pero casi nunca lo usaba él; normalmente iba a pie o tomaba el tranvía.

Después que conoció a los Salesianos y dió en favorecer a los niños pobres, vestía pobremente, solía hacerse cada año un traje, comprando él mismo la tela para evitar que le pusieran una muy fina.

Generalmente iba con la cabeza descubierta. En ese tiempo aún no se había puesto de moda el sinsombrerismo. En los días de lluvia llevaba un paraguas muy viejo y cuando le decían algo sobre eso, contestaba con mucha sal que había perdido varios de más valor y que éste probablemente no se le extraviaría. Con esta chanza ocultaba su espíritu de pobreza no menos que su caridad.

En la peregrinación a Roma para la Beatificación de Don Bosco, hizo el viaje en tercera, con los niños de las Escuelas y los obreros; pero a su señora la colocó en primera, donde viajaban otros cooperadores, en el mismo tren.

Era muy parco en sus comidas y en todo lo que se refiriera a su persona.

Y todo esto por espíritu de pobreza y para poder hacer con más largueza obras de caridad.

*
**

Entre las casas salesianas sus preferencias eran para la de la Ronda de Atocha «por ser la más pobrecita» y donde, a su juicio, se ejercía más honda y con más alegría la caridad con los niños pobres.

MAGNANIMIDAD. Ya en vida se desprendió de toda su fortuna, repartiéndola muy inteligentemente. Una parte conspicua para la Buena Prensa, cuya importancia comprendía cual ninguno, en especial para *El Debate* y *La Editorial Católica*; otra, no indiferente, para la Obra Salesiana, a cuyo Superior entregó valores del Estado y de algunas Compañías, reservándose, vita durante, los réditos, cuya administración le aseguraba no sólo la vida de su casa, sino le permitía también dar limosnas a la misma Congregación.

El capital representado por estos valores lo distribuyó en cuatro partes; una para el Capítulo Su-

perior; otra, para la Casa de Ronda de Atocha, y dos, para la Inspectoría, destinadas al fomento y sostén de las vocaciones. Respecto a éstas, le interesaba no sólo su sostenimiento y conservación, sino también su conveniente preparación cultural y pedagógica. Una prueba de ello fué ofrecerse a dar clase de inglés, diciendo con su encantadora sencillez, que su pronunciación era correcta, de las mejores. Sí, así era, su pronunciación era perfecta, tanto en inglés como en francés, y todavía por encima de su pronunciación estaba la enseñanza objetiva de su ejemplo, porque era la Caridad quien animaba su vida: Don Fernando daba y se daba.

CARIDAD. Todas estas larguezas tenían como origen y móvil el Amor de Dios y del prójimo.

Era la bondad personificada, que diariamente se manifestaba de mil maneras en el corriente fluir de la vida. Nunca negaba un favor, acompañándolos siempre de una sonrisa amable que denotaba el placer con que lo hacía, así le costara un sacrificio o le impusiera una mortificación.

*
**

¡Y con qué discreción lo hacía!

En cierta ocasión un religioso joven fué a él, diciéndole: «Me veo en un gran peligro; mis padres han venido muy a menos y van a ser desalojados. Acudo a usted por si quiere ponerlos en el número de sus beneficiados».

El hombre de Dios le entregó cien pesetas (era en 1916) para que salieran del inmediato apuro, y añadió: «En adelante no se moleste usted ni que se molesten ellos; mensualmente les llegará un sobrecito con cien pesetas». Cien pesetas les bastaban para pagar el arriendo, y algo más. El religioso informó luego a su Superior, quien, como era también natural, sintió que se hubiera molestado a don Fernando; habló con él, y recibió esta respuesta: «El dolor era tan sincero y la necesidad, urgente. No se preocupe, Padre, que Dios me da para que yo comparta con quien lo necesita; hemos remediado una necesidad y tal vez salvado una vocación».

Al hablar de que favoreció las vocaciones, se trata principalmente de las destinadas al Santuario; mas no exclusivamente. ¿Quién puede saber el número de estudiantes que debido a él salieron adelante? Un ejemplo: Cuando la inauguración de la nueva Casa de la Editorial Católica, en una sa-

lita tomaban refresco unas cuantas personas; incidentalmente llegó a nombrarse a don Fernando Bauer. Uno de los presentes exclamó: ¡Don Fernando Bauer! ¡Si supieran lo que le debo! Durante mis estudios, una desgracia de familia me obligó a suspenderlos para trabajar. No sé cómo se enteró. Se interesó en el acto y debido a su generosidad pude terminar mi carrera de farmacia». El caso no será único.

Sus compañeros de Conferencias, don Manuel de Bofarull y don Francisco González Rojas pudieron asegurar que «la mitad de la caridad que se hacía en Madrid se debía al ejemplo de don Fernando Bauer».

Permítaseme un recuerdo personal. Durante la primera guerra mundial me tocaba hacer frecuentes viajes entre Italia y España. Un día me preguntaron en una reunión sobre la situación de Italia, y sin que nadie me hubiera dicho nada de entrevista o cosa que se le pareciera, al día siguiente

aparece en un gran diario germanófilo un elegante recuadro con este título: «Postales italianas», y allí unas manifestaciones del Padre Fierro, en que se ponía en sus labios cosas que nunca le habían pasado por las mientes o si le hubieran pasado, nunca habrían aflorado.

Ignorante de todo, me dirigí a la estación a tomar el rápido de Sevilla, que salía a las 8,30. Don Fernando lo sabía. Allí estaba el gran cooperador salesiano con el diario en la mano: «¿Ha visto usted esto ».

Quedé aterrado midiendo las consecuencias. Claro es que ya no hubo viaje a Sevilla. De allí mismo me acompañó hasta la Embajada, en donde satisficieron mis explicaciones, y luego combinamos la rectificación que debía publicar el rotativo, y que efectivamente publicó al día siguiente, en la misma forma que la «postal» anterior.

*
* *

Practicaba la Caridad según el programa que había esbozado un Superior Salesiano: *pensar bien de todos, hablar bien de todos, hacer bien a todos, mal a ninguno*. Y el resultado era la paz inalterable de su corazón.

Nadie le oyó nunca hablar mal de nadie, ni de los enemigos ni de los ultraamigos.

*
**

Esto mismo lo hacía optimista. Cuando advino la república, lo sintió por lo que representaba de trastorno y por las personas augustas que eran sus principales víctimas; pero pensó que no habría más violencias, ya que el rey se retiraba precisamente para evitar derramamientos de sangre; a los revolucionarios los llamaba simplemente «equivocados». El primer mes de república pareció darle razón. En efecto, la lógica hubiera pedido eso: ¿se quería un cambio de régimen por creerlo ya necesario? El cambio había venido con aceptación de la víctima principal.

Pero cuando comenzó a ver iglesias quemadas, colegios arrasados, hombres perseguidos y asesinados, se alarmó también, aunque sin perder la paz de su espíritu; adoraba los designios del Señor; era providencialista. «Esto es una purificación, nuestros pecados lo merecen, saldrá un mayor bien».

Intensificó su caridad; menudeó las visitas a los pobres de las Conferencias de San Vicente de

Paúl; empezó a preocuparse por los Salesianos y Salesianas.

El 8 de junio de 1936 escribía al P. Manfredini: «Ando buscando una buena Vida de Ozanam y un comentario sobre su espíritu; hasta ahora he tenido que contentarme con una pequeñita.

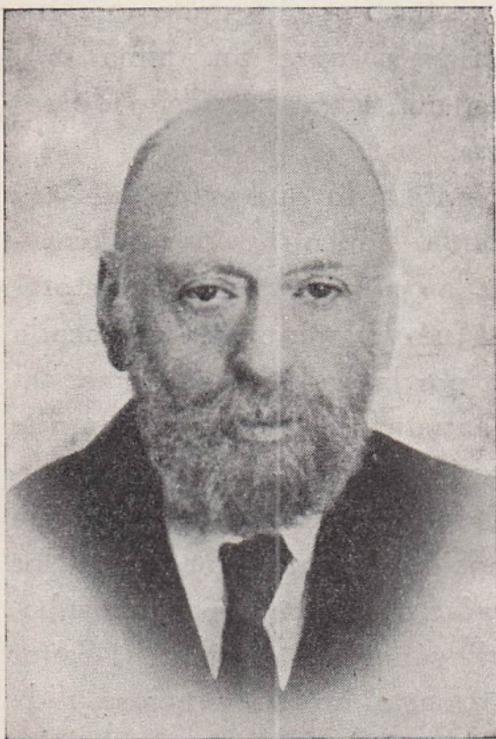
»Espero que haya tranquilidad por ahí. En Madrid no ha vuelto a ocurrir novedad desde el movimiento de mayo, que bastante ha dado que sufrir a las Hermanas. Ellas siempre tan animadas y tan valientes cristianas, con firme propósito de seguir haciendo el bien.»

Se refería especialmente a lo que sufrió la Casa de Villaamil, calumniada, con otras, de dar caramelos envenenados a las niñas (!). La Directora, Madre Juana Vicente, fué violentamente arrancada de su casa, arrastrada por las calles y se le machacaron los dientes a zapatazos. No murió porque providencialmente pasó por allí don Angel García de Vinuesa, director de la Compañía Eléctrica Menjemor, muy conocido y muy amado de los obreros por el trato afectuoso que les dispensaba, y libró a la religiosa, llevándola a su casa. El Señor ha querido conservar hasta hoy la preciosa vida de esa mártir, que gobierna la Inspectoría andaluza de María Auxiliadora.

Desde que se advirtieron síntomas de persecución, don Fernando puso a disposición de los Salesianos su casa, y, en efecto, a los pocos días se refugió allí uno de ellos, permaneciendo tranquilo un mes, hasta que un día fueron los milicianos por él y lo llevaron a la cárcel. Con la influencia, que todavía conservaba, sobre la Dirección General,

don Fernando logró que lo pusieran en libertad y le facilitó la salida de España.

Con la diligencia de un hermano amantísimo, don Fernando, en la cárcel, se dedicó a averiguar el paradero de los Salesianos dispersos y ayudarles en cuanto podía. Esto duró cuatro o cinco meses, hasta que lo detuvieron



Ultimo retrato de Don Fernando (1940)

también a él y lo llevaron a la cárcel. Quizá para salvarle la vida alguno de esos capítostes, entre los cuales no hay duda que había gente buena, o menos mala, le aplicaron la ley de «vagos y maleantes» (!!). No deja de tener gracia.

Al ingreso le preguntaron su filiación, le pidieron documentación, le registraron y le exigieron la entrega del dinero y de los objetos religiosos que llevara.

Con su habitual dulzura contestó: «Fernando Bauer, católico, apostólico romano, cooperador salesiano, devoto de María Santísima la Virgen Auxiliadora. Llevo el rosario y una estampa de la Virgen. Me pedís que los entregue. Obedezco, pero seguiré rezando mi rosario, también por vosotros».

*
**

Quien era así con los demás, ¿cómo sería con su propia familia? Cuantos frecuentamos su casa, admirábamos la armonía reinante en ese matrimonio modelo. Y no era que los caracteres fuesen naturalmente iguales; era que los armonizaba y sintonizaba la Caridad.

Cuando murió la Marquesa de Casa Arnao, doña

María García Rendueles, hermana de doña Concha, dejando al Marqués viudo con una niña de doce años y un niño de diez; don Fernando vendió su piso de la calle Orfila y adquirió uno en la calle de Goya, en la casa en que aquéllos vivían, para ayudar al marqués en el cuidado y educación de los niños, sin perjuicio de sus ocupaciones profesionales. El se dedicó de preferencia al niño; ella, a la niña. El hoy Marqués, don Joaquín, recuerda que su tío le repasaba las lecciones y se las explicaba, especialmente las Matemáticas, el francés y el inglés, que durante el verano los llevaba a San Sebastián o a Gijón, los acompañaba en la playa, los vigilaba en el baño y los recreaba en el parque.

Ponderando la delicadeza de don Fernando, recuerda que un caballero se permitió una vez acariciarlo a él, añadiendo alguna zalamería, y que don Fernando corrigió con presteza.

JUSTICIA. La generosidad y largueza sabía él combinarla con la justicia, virtud no tan común ni tan fácil como pudiera parecer. Dar a cada cual lo suyo, en todo sentido, no es siempre cosa fácil. Y él se lo daba, comenzando por el trato. La cor-

tesía la miraba él como cosa de Justicia no menos que de caridad y de prudencia.

Y con santa y amable franqueza sabía decir las cosas. Igual que esa otra Sierva de Dios, Cooperadora Salesiana y «Mamá de los Salesianos», doña Dorotea, él, generoso y largo en limosnas, no transigía si acaso por un trabajo se le pidiera más de lo que valía en justicia. Aun sonriendo sabía observar: «Esto no es justo ni educativo».

De los valores que él entregó a su querida Casa de Atocha, en un momento de apuro el administrador pignoró unos cuantos. Al enterarse él, le observó al Director de la Casa que «eso no era correcto ni conveniente». Y ayudó a rescatar los valores.

OBEDIENCIA. Algo dice en este sentido el episodio de la entrada en la cárcel y la relación de Taobada. Era que la fe le hacía ver en las autoridades humanas la Autoridad de Dios, conforme a la doctrina de San Pablo y a la del mismo Cristo.

De la cárcel le echaron un día (quizá por considerarlo «vago y maleante»). En libertad, pudo refugiarse en la Embajada de Chile —esa Embajada que tan benemérita se hizo por su valentía y espíritu humanitario— y el mismo Embajador le

acompañó, como solía, al puerto de Alicante. Desembarcó en Marsella y de Marsella se trasladó a Biarritz, con su señora, donde siguieron ayudando a los perseguidos, fuesen religiosos o seglares, pero especialmente a sus Salesianos.

Terminada la Cruzada regresó a su Casa de Madrid. Su ojo avizor de financiero le había dado posibilidad de salvar buena parte de los bienes, aun de los que había dado en valores, que fueron una verdadera providencia al reanudarse la fatigosa vida de los colegios y escuelas; su casa había sido respetada por las turbas.

CASTIDAD. Don Fernando fué siempre de una delicadeza extremada. Ni aun antes de su conversión al Catolicismo le vió nunca nadie cortejar a chica alguna. Las relaciones con la que había de ser su esposa revistieron la exquisitez más pulcra. Y pulquérri mo fué siempre con toda clase de personas.

El final

Continuó su vida de piedad y buenas obras, con la misma sencillez de antes. Pero el dolor, los sufrimientos propios y ajenos y la visible acción de la Providencia en las incidencias de la Cruzada le habían conferido como un halo que dejaba ver casi físicamente la belleza de su alma. Tremendos acontecimientos de la guerra mundial y lo que sufría su patria de origen, le causaban gran dolor ciertamente; pero como al Padre Santo Pío XII, no le quitaban la serenidad del espíritu y el abandono filial en las manos de Dios.

Su última enfermedad fué rapidísima pulmonía fulminante. Se dió perfectamente cuenta de su estado; pidió los santos sacramentos, y según la costumbre que tenía de comentar las palabras y ceremonias de la Santa Misa, y especialmente del Prefacio de la de difuntos, hablaba a todos los que lo visitaban de la felicidad del cielo, cuya plenitud gozosa compensa todo lo que en la tierra se hace y se sufre por Jesús.

Su señora, que, digna de él, no caía en esos excesos de dolor que a veces se ven aun en personas muy buenas, pero que no podía refrenar alguna lágrima, recibió este amable reproche: «No te aflijas, mujer, que *vita mutatur, non tollitur*». Y siguió comentando lo que se gana en el trueque: la Luz en cambio de las sombras, la seguridad en cambio de la incertidumbre; la plenitud de la vida en cambio de las enfermedades, la posesión de Dios en cambio de las falaces riquezas de este mundo...

*
**

¡Quiera Dios glorificar a su fiel servidor! De nuestra parte hemos de hacer lo que es deber. Pedimos a cuantos lo hayan conocido y tratado quieran enviar datos y documentos al M. R. Padre Alejandro Vicente, Provincial de los Salesianos, de Madrid, Paseo General Primo de Rivera, 25, o al autor de estos apuntes, Alcalá, 164, Madrid, para intentar una biografía en forma.

D. M. A. C. T.

I N D I C E

	<i>Págs.</i>
I.—Datos generales	5
II.—Algunos juicios	8
III.— <i>Judeus Sum</i>	14
IV.—Don Fernando y los Salesianos...	20
V.—Sus virtudes	33
VI.—El final	49

